



REPRESENTACIONES DISCURSIVAS E IMAGINARIO DE LA SALUD MENTAL EN LA PRENSA CHILENA (2018-2019)

Discursive Representations and Imaginary of Mental Health in the Chilean Press (2018-2019)

Pablo Matus Lobos¹  

¹ Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

RESUMEN

Este artículo caracteriza el imaginario social de la salud mental representado en la prensa chilena, a partir del análisis de contenido de una muestra representativa de textos periodísticos publicados en diarios, radios, televisión y sitios web de cobertura local y nacional durante doce meses (segundo semestre de 2018 y primer semestre de 2019). Entre otras cosas, dicho análisis permitió advertir que la salud mental es un tema tratado principalmente desde las secciones de actualidad, que hay un escaso uso de fuentes testimoniales y que los periodistas prefieren dar cuenta de los tópicos de salud mental a través de una perspectiva más bien técnica y despersonalizada. A partir de eso se sugiere que el imaginario, al menos desde su dimensión identitaria, puede describirse mediante la noción de 'alteridad padeciente y particular'. Eso significa que, en términos generales, las representaciones discursivas de la salud mental en la prensa se sustentan en la visión de personas ajenas a la realidad del hablante, que son víctimas pasivas de una condición de la cual no pueden escapar, y cuya realidad es ajena a la experiencia colectiva.

Palabras clave: representación; imaginario social; análisis de contenido; periodismo; salud mental.

ABSTRACT

This article characterizes the social imaginary of mental health represented in the Chilean press, based on the content analysis of a representative sample of journalistic texts published in newspapers, radio, television and websites with local and national coverage during 12 months (second semester of 2018 and first semester of 2019). Among other things, this analysis allowed us to notice that mental health is a topic treated mainly from current affairs sections; that there is little use of testimonial sources, and that journalists prefer to report on mental health topics through a very technical and depersonalized perspective. Starting from this, it is suggested that the imaginary, at least from its identity dimension, can be described through the notion of suffering and particular otherness. This means that, in general terms, the discursive representations of mental health in the press are based on the vision of people outside the speaker's reality, who are passive victims of a condition from which they cannot escape, and whose reality is distant to the collective experience.

Keywords: representation; social imaginary; content analysis; journalism; mental health.

Fecha de Recepción	2022-08-01
Fecha de Aceptación	2022-11-03

INTRODUCCIÓN

En el campo de los estudios en comunicación, diversa literatura sugiere que la manera en que los medios representan la realidad, sobre todo desde el punto de vista periodístico-informativo, puede influir en el modo en que las audiencias comprenden y experimentan dicha realidad (p. ej. McCombs y Valenzuela, 2021). Si bien esta idea no ha estado libre de críticas, pues eventualmente implicaría una mirada reduccionista de los fenómenos comunicativos sociales (Otero, 1998, pp. 74-82), lo cierto es que la importancia simbólica de la representación mediática masiva es un tópico que también ha sido advertido por autores de otras disciplinas (p. ej. Bennett, 2016; Bourdieu, 1997; Van Dijk, 1991).

En ese marco, un problema de investigación interesante es la representación mediática de los grupos sociales considerados vulnerables, o que eventualmente suelen ser víctimas de exclusión o discriminación, como ocurre con los inmigrantes, las minorías sexuales y las personas en situación de discapacidad (véase Torkington y Ribeiro, 2019; Pilco, 2018, y López-Sánchez et al., 2020, respectivamente), en particular cuando ese conocimiento permite formular recomendaciones no solo para el ejercicio del periodismo, sino también para la gestión de políticas públicas.

Esa es la situación, por ejemplo, de las personas que viven con alguna patología de salud mental. Estudios de diferentes alcances y orientaciones teóricas, realizados en distintos lugares, han advertido que la representación mediática y, en particular, la cobertura informativa de temas de salud mental, puede tener un efecto relevante en la manera en que el público reconoce a, y eventualmente se relaciona con, las personas afectadas por demencias u otros tipos de patologías (véase Gutiérrez-Coba et al., 2017, p. 115; Torres, 2013, p. 9; Whitley y Wang, 2017, p. 241). Todo ello, debido al rol que cumplen los medios en la construcción social de la realidad (Mestre, 2002, p. 87).

Este artículo busca caracterizar el imaginario social de la salud mental existente en el periodismo chileno (prensa, radio y televisión, de cobertura local y nacional), a partir del reconocimiento de sus principales representaciones discursivas-textuales sobre el tema. Esta reflexión se basa en los resultados de otro estudio, realizado en el marco de una licitación para el Ministerio de Salud de Chile, cuyo propósito fue caracterizar el tratamiento informativo sobre las temáticas de salud mental.¹

¹ Licitación pública ID 757-124-LE18. En la sección Metodología se entrega más información sobre dicho estudio.

La siguiente sección presenta una discusión teórica sobre el concepto de ‘representación’ aplicado al estudio discursivo y mediático; sobre la noción de ‘imaginario social’, como fundamento de la representación discursiva mediática, y sobre la cobertura de temas de salud mental en la prensa. Luego se explica la metodología del estudio, aludiendo tanto al diseño de la investigación original como al análisis aplicado en este artículo, y a continuación se presentan los principales resultados. Finalmente se ofrece una reflexión sobre la representación discursiva de la salud mental y el rol de la prensa en la validación del imaginario social que las sostiene, así como algunas recomendaciones para una mejor cobertura informativa del tema.

MARCO TEÓRICO

REPRESENTACIÓN DISCURSIVA

Desde el comienzo de la reflexión e investigación sistemática sobre la comunicación social, a comienzos del siglo XX, diversos autores han planteado que la manera en que los medios masivos representan el mundo tiene un efecto en el modo en que comprendemos la realidad y actuamos en ella (véase Adorno y Horkheimer, 2007; Althusser, 2018; Gerbner, 1998; Iyengar y Kinder, 1987; Lippmann, 2003; McCombs y Valenzuela, 2021). Esto se debería, en gran medida, al hecho de que los medios son nuestra principal —y a veces, la única— herramienta de acceso al mundo que existe más allá de nuestra experiencia directa (Luhmann, 2000).

Sin embargo, desde la perspectiva de la construcción social de la realidad (cfr. Berger y Luckmann, 2015), la influencia de los medios no sería solo un asunto de acceso a cierta información. De acuerdo con este paradigma, nuestra experiencia del mundo tiene, por supuesto, un componente empírico y objetivo; no obstante, más importante que este es el componente simbólico, pues lo real es aquello que entendemos como tal. En consecuencia, resulta lógico asumir que los medios no solo contribuyen a la elaboración de nuestro conocimiento sobre el mundo, sino incluso de nuestra experiencia en él (Adoni y Mane, 1984).

En cuanto objeto de estudio, la representación mediática ha sido explicada a través de distintos marcos teóricos. Probablemente el más popular es la teoría de representaciones sociales (Höijer, 2011). Desde este punto de vista, en el marco de la vida social las personas formulan, por sí mismas, y a veces gracias a la relación con otros sujetos y con ciertas instituciones —como la escuela—, ideas e imágenes sobre el mundo, sus hechos y experiencias (Moscovici, 1984). Estas ‘representaciones’ de la realidad son eventualmente compartidas o coincidentes, y eso facilitaría que las personas interactúen.

Que las representaciones sociales sean potencialmente coincidentes permite suponer, a su vez, que los medios de comunicación desempeñan un papel importante en su diseminación y reproducción (Carrasco-García y Cárcamo-Ulloa, 2020). Sin embargo, y tal como sostiene la psicología discursiva (Potter y Edwards, 1999), el problema de este argumento es que las representaciones sociales son siempre elaboraciones mentales de cada sujeto. Es decir, son un fenómeno exclusivamente cognitivo, que no se traspasa de manera directa al discurso ni se reproduce de forma automática en él. Por ello, en realidad los mensajes mediáticos no contienen representaciones sociales, en sentido estricto, y por sí mismos no bastan para producirlas o activarlas.

En ese marco, Matus (2018) propone como opción el concepto de ‘representación discursiva’. A su juicio, esta corresponde a la expresión textual de las referencias o significaciones elaboradas por un sujeto respecto de sí mismo, de la realidad e incluso de su mundo de sentido (p. 115). La premisa de este concepto es la teoría del signo de Peirce (2003). Según este autor, un signo o ‘representamen’ es algo que está en lugar de otra cosa para alguien. Esa ‘otra cosa’ representada puede ser un objeto material, como una persona, una casa o un lugar, o una entidad inmaterial, como una idea, un argumento o un sentimiento (Nöth, 1990, pp. 42-43). Es decir, los signos pueden representar igualmente cosas concretas o abstractas, tanto para el hablante como para el oyente del discurso.

Este enfoque semiótico permitiría superar el problema epistemológico de la teoría de representaciones sociales, al cambiar el objeto de estudio desde el fenómeno cognitivo, que es empíricamente inaccesible —ya que la conciencia es un sistema cerrado (Luhmann, 1998, p. 242)— hacia el fenómeno textual-discursivo. En otras palabras, dado que los textos son conjuntos organizados de signos (Lotman, 1988, pp. 71-73), y estos son capaces de representar tanto objetos materiales como inmateriales, entonces la representación discursiva puede dar cuenta perfectamente de ambas dimensiones.

Lo más interesante de esta teoría de la representación discursiva es que identifica cuatro tipos o niveles de unidad de análisis (Matus, 2018, pp. 118-120). El primero es el texto mismo, en cuanto conjunto organizado de signos, cuya mejor aproximación metodológica sería el análisis semántico (p. ej., el uso de la connotación como recurso; cfr. Barthes, 1971). El segundo es el discurso, en cuanto evento comunicativo mediado por un texto, cuyo método recomendado es el análisis de enunciación (p. ej., cómo el hablante se representa a sí mismo en términos subjetivos; cfr. Kerbrat-Orecchioni, 1993). El tercer tipo de unidad de análisis corresponde al interdiscurso, en

cuanto conjunto de textos que poseen una relación temática, formal o ideológica, cuyo método sugerido es el análisis textual-formal (p. ej., el uso de cierta focalización narrativa; cfr. Genette, 1989). Finalmente, la cuarta unidad de análisis es la representación textual del mundo de sentido del hablante, en cuanto estructura simbólica que orientaría su comprensión de la realidad y su acción social, cuyo método sugerido es el análisis de imaginarios sociales a partir de una interpretación holística del discurso y sus representaciones (p. ej., cómo se configura la identidad colectiva de un grupo, según el texto; cfr. Castoriadis, 1983).

Esta investigación apostó por interpretar las representaciones discursivas de la prensa chilena respecto de la salud mental, aspirando a reconocer el mundo de sentido de los periodistas y medios. Por tanto, para el análisis de los datos se recurrió al modelo propuesto por Matus (2018) y a la teoría de imaginarios sociales.

IMAGINARIOS SOCIALES

A partir de Castoriadis (1983, p. 201) se habla de ‘imaginario social’ para referir a la red simbólica que dota de sentido a la experiencia social-histórica, en las realidades más concretas (p. ej., el trabajo, la familia, el consumo) y en las más abstractas, como sucede, por ejemplo, con la identidad colectiva, la comprensión del contexto —las situaciones sociales, e incluso el medioambiente— y el sentido de la vida en sociedad (pp. 254-261).

Como explica Baczkó (1991, p. 28), los imaginarios sociales son referencias específicas, dentro del gran marco de la cultura, a través de las cuales una comunidad se percibe a sí misma y establece sus expectativas. Por ello, actúan como fuerzas reguladoras de la vida social, dando cuenta de las creencias comunes, de los roles y los estereotipos (p. ej., qué es ser un buen ciudadano). Esta capacidad se debe a su carácter dinámico: los imaginarios están en permanente elaboración y actualización (Erreguerena, 2001). Además, debido a que operan como sostén de diversas prácticas sociales, como la representación (Gómez, 2001), se manifiestan como un conjunto de ideas-imágenes (Escobar, 2000).

Esto explica que, aunque un imaginario pueda expresarse como un concepto singular, en el fondo corresponde a un repertorio de múltiples significados asociados a dicha idea, incluyendo versiones complementarias e incluso competitivas. Estas serían las claves de su diferencia con las representaciones sociales (cfr. Moscovici, 1984) y las ideologías (cfr. Van Dijk, 1999). Por ejemplo, el imaginario de la familia podría incluir tanto a las visiones tradicionales, biparentales y heterosexuales, como a las nuevas perspectivas monoparentales y homosexuales, pues todas se

interrelacionarían y coexistirían en torno a la misma unidad de sentido: la figura social de la familia, con sus modos, estructuras y valores posibles.

En principio, los imaginarios existen para brindar legitimidad a las prácticas sociales (Taylor, 2006, p. 37). Son, en consecuencia, un ejercicio de poder simbólico, y en cuanto tales, para su constitución y sostén son especialmente relevantes los medios masivos (Baczko, 1991, p. 31).

Desde un punto de vista metodológico, los imaginarios sociales han sido estudiados de muy diversas maneras —etnografías, entrevistas, análisis del discurso, etcétera—, todas aparentemente muy eficientes (Dittus et al., 2017). Sin embargo, no parece haber tanta claridad respecto de los procedimientos de operacionalización del objeto de estudio (Cegarra, 2012). En este artículo se adoptó el enfoque original de Castoriadis (1983), en particular respecto de la identidad colectiva como dimensión del imaginario social, y para describirla se empleó la propuesta de Matus (2018), para reconocer el imaginario a partir de una interpretación holística del discurso y sus representaciones.

LA SALUD MENTAL EN LA PRENSA

Existe diversa literatura sobre la cobertura periodística de la salud mental, y particularmente de las demencias. Debido a las restricciones de espacio, propias de una revista académica, solo mencionaremos aquellos casos que más nos ayudaron a orientar el estudio.

Tal como se ha mencionado, en varias investigaciones el marco conceptual se basa en la teoría de representaciones sociales. Un ejemplo es el trabajo de Mestre (2002), una tesis doctoral en psicología social. Su objetivo fue describir las representaciones sociales de la enfermedad mental a partir de su presencia en cuatro diarios españoles. Sus resultados muestran que dichos medios aludieron a la enfermedad mental como una dolencia crónica, grave y que normalmente motiva conductas agresivas en quienes la padecen; que, en general, las familias de los enfermos están en situación de pobreza, cuestión que se correlaciona con la enfermedad en dichos relatos periodísticos, y que, junto a los organismos sanitarios psiquiátricos, el sistema de justicia es una institución vinculada a la problemática (pp. 366-369).

Pero existen otros enfoques teóricos. Un caso es el de Torres (2013), quien, a partir de un análisis a tres diarios portugueses, durante cuatro años, descubrió que el tópico de la demencia tiene una presencia constante y diversa en dicho país. Esto se manifiesta, por ejemplo, en que las noticias alusivas a salud mental se encuentran en secciones tan diferentes como política, salud o policial. Sin embargo, lo más relevante, a la luz de nuestros resultados, es que en la prensa

portuguesa tanto los enfermos como sus familiares tienen voz, y no solo los expertos o las autoridades (p. 28). En ese sentido, concluye el autor, la cobertura informativa representa de manera más fiel la realidad social, lo que permitiría suponer que los periodistas portugueses tienen una mayor conciencia respecto de su rol como agentes co-constructores de la misma (cfr. Berger y Luckmann, 2015).

Gutiérrez-Coba et al. (2017) analizaron la cobertura informativa en siete diarios de Colombia, durante un año. Descubrieron que la salud mental no es un tema relevante en la agenda noticiosa, pues, en promedio, cada diario publicaba 0,2 notas diarias, y que los principales temas de esa cobertura eran las adicciones (65,5 %) y las conductas suicidas (22,4 %). Los problemas de salud mental, incluyendo depresión, esquizofrenia y bipolaridad, correspondían al 10,5 %. Un aspecto crítico, según los autores, es que los medios colombianos mostraron un bajísimo grado de procesamiento de los conceptos técnicos-médicos, y mayoritariamente preferían el uso de un estilo coloquial-popular para referirse tanto a los pacientes como a las patologías. Este análisis se basó en el modelo de evaluación de calidad periodística VAP, propuesto por Pellegrini et al. (2011), que también sirvió como orientación metodológica para el estudio original en el que se basa este artículo.

Finalmente, Whitley y Wang (2017) investigaron la cobertura de las enfermedades mentales en la televisión canadiense, recolectando notas de tres años consecutivos. Los autores descubrieron que, a pesar del fuerte vínculo entre enfermedad mental y conductas violentas o peligrosas — presente, en promedio, en el 64,4 % de los casos—, en el periodo de estudio podía advertirse también un incremento notable de la representación positiva de los pacientes y del tema, tanto en la voz de los periodistas como en los aspectos de imagen y musicalización de las noticias. A su juicio, este cambio sutil pero sostenido podía explicarse por la intervención de diversas instituciones (como la Comisión de Salud Mental de Canadá, una ONG creada y financiada por el gobierno norteamericano), que durante el periodo de estudio realizaron campañas de servicio público para promover el buen trato hacia las personas con demencia.

A partir de estos casos, es posible advertir ciertos elementos relevantes para el estudio de la cobertura periodística sobre la demencia. Primero, que en general suele haber estigmas asociados a los pacientes y su situación social, sobre todo respecto de sus eventuales conductas violentas y su situación de marginalidad. Segundo, que la cobertura es más bien escasa, pese a que puede darse en distintas secciones dentro de los medios, y no solo en el marco de la salud. Tercero, que la representación textual del tema y de los pacientes suele estar mediada por conceptos técnicos

pertenecientes a la medicina, que probablemente dificultan, a juicio de los periodistas, la comprensión de las historias y las informaciones.

METODOLOGÍA

Como se ha comentado, el objetivo de este artículo es caracterizar el imaginario social de la salud mental presente en el periodismo nacional, a partir del reconocimiento de sus principales representaciones discursivas-textuales. También se ha advertido que esta reflexión se basa en los resultados de otra investigación, realizada en el marco de una licitación para el Ministerio de Salud de Chile. El propósito de dicho estudio fue caracterizar el tratamiento informativo sobre las temáticas de salud mental, a partir de variables como la estimación de la frecuencia con que los medios publican informaciones al respecto, la caracterización de las fuentes utilizadas y los aspectos temáticos-estilísticos de la cobertura.² Es decir, mientras el estudio original tenía una vocación meramente descriptiva, este artículo aspira a interpretar un fenómeno mayor a partir de los datos.

En el estudio original se analizaron textos de diversos géneros periodísticos (noticias, crónicas, entrevistas, reportajes, columnas de opinión, editoriales y cartas al director) alusivos a salud mental y demencias, publicados en diarios, radios, canales de televisión y sitios web de circulación o producción nacional y regional, durante el periodo julio 2018-junio 2019.

Debido a criterios de representatividad y viabilidad, el marco muestral estuvo dado por la nómina de medios monitorizados regularmente por la empresa Litoral Press (58 diarios, 24 radios, 40 canales de televisión y más de dos mil sitios web), cuyos servicios fueron contratados para el proyecto. En dicha lista se encontraban medios de cobertura nacional y regional que pertenecían a distintos grupos empresariales, lo que en cierto modo garantizaba la diversidad editorial.

La muestra del estudio fue definida mediante la técnica probabilística de la semana construida, que consiste en la representación estadística de un periodo temporal mayor (p. ej., un año o un semestre) a partir de la selección de casos pertenecientes a días distintos y que permitan

² La licitación pública ID 757-124-LE18 incluía la realización de un diagnóstico sobre la cobertura informativa sobre la demencia en la prensa chilena y, a partir de dichos resultados, la implementación de capacitaciones para la correcta difusión del Plan Nacional de Demencia por parte de los equipos de comunicación institucional del Ministerio de Salud. Si bien el diagnóstico fue realizado durante fines de 2019 y comienzos de 2020, debido a la pandemia por el COVID-19 la autoridad aplazó indefinidamente la implementación de las capacitaciones, lo que a su vez dilató el término de la licitación y, en consecuencia, la liberación de los datos. Eso explica que recién a comienzos de 2022, y tras el cambio de autoridades en la cartera de Salud, haya sido posible redactar este artículo.

elaborar una semana nominal (Stempel, 1981). Diversos estudios han demostrado que la manera estadísticamente más eficaz de generar una semana construida es mediante un muestreo sistemático, en desmedro del muestreo aleatorio simple, y que tanto para el análisis de contenidos informativos como publicitarios, incluso una semana construida basta para representar adecuadamente un año completo (véanse, p. ej., Riffe et al., 1993; Wimmer y Dominick, 2011, p. 178). En nuestro caso, y dado que el estudio original buscaba analizar el segundo semestre de 2018 y el primer semestre de 2019, se optó por usar dos semanas construidas (véase Tabla 1).

Tabla 1. *Días que integraron las semanas construidas*

Periodo	Días
Semana construida 1	domingo 15 de julio de 2018 viernes 10 de agosto de 2018 miércoles 5 de septiembre de 2018 lunes 1 de octubre de 2018 sábado 27 de octubre de 2018 jueves 22 de noviembre de 2018 martes 18 de diciembre de 2018
Semana construida 2	domingo 13 de enero de 2019 viernes 8 de febrero de 2019 miércoles 6 de marzo de 2019 lunes 1 de abril de 2019 sábado 27 de abril de 2019 jueves 23 de mayo de 2019 martes 18 de junio de 2019

Nota: Siguiendo el procedimiento estándar para muestro sistemático, se dividió el total de días del año (marco muestral: 365) por la cantidad de días que se desea que tenga la muestra (14), lo que determinó el n como 26,07. En consecuencia, el primer día de la primera semana construida fue sorteado entre los primeros 26 días del periodo (en este caso, el segundo semestre de 2018), y a partir de él se aplicó un salto sistemático cada 26 días.

En consecuencia, se le pidió a Litoral Press que identificara textos periodísticos referidos a 'salud' en toda su nómina de medios monitorizados, exclusivamente en los días que conformaban las semanas construidas. Esta selección inicial arrojó un total de 5579 textos. A continuación, esos casos fueron revisados para identificar aquellos alusivos a salud mental, sea porque mencionaban el tema o porque hablaban sobre algún tópico asociado (p. ej., demencias, Alzheimer, suicidio, etcétera). A partir de ese ejercicio, la muestra final del estudio fue de 127 casos (2,27 % del total), publicados en 78 medios distintos, 48 en la semana construida 1 y 79 en la semana construida 2.

Además de aspectos demográficos (medio de publicación, sección o segmento de publicación, extensión o duración del texto, etcétera), el análisis de contenido aplicado a la muestra consideró dos grandes dimensiones. La primera fue el tratamiento informativo, que contenía

variables relativas al género periodístico (nota, crónica, reportaje, etcétera), las fuentes empleadas o citadas (cantidad, identidad, afiliación, etcétera) y el principal tema de salud mental tratado en el texto (Alzheimer, demencia, depresión, etcétera). La segunda fue la tematización, cuyas variables fueron el estilo del texto, su enfoque noticioso, su tratamiento narrativo y la diversidad ideológica de sus fuentes (véase Tabla 2).

Tabla 2. Indicadores y definiciones operacionales para la dimensión Tematización

Variable	Indicador (definición)
Estilo o registro del texto	Especulativo (se basa en supuestos del narrador) Fáctico (se basa en hechos) Opinante (se basa en opiniones propias o de otros) No aplica / ¿Por qué?
Enfoque noticioso	Denunciatorio (se acusa a alguien de un hecho) Descriptivo (se enuncia y caracteriza un hecho) Emotivo (se busca emocionar con un hecho) Polémico (se plantea un debate sobre un hecho) Sancionatorio (se culpa a alguien por un hecho) Solidario (se pide la ayuda de otros ante un hecho)
Tratamiento narrativo predominante	Posicionamiento (narrador instala su punto de vista) Procesamiento (narrador interpreta lo dicho por otros) Transcripción (narrador repite lo dicho por otros)
Diversidad ideológica de las fuentes	Un punto de vista único Un punto de vista predominante, con otros secundarios Equilibrio entre puntos de vista

Fuente: Elaboración propia a partir de Pellegrini et al. (2011).

Esta segunda dimensión se basó parcialmente en el trabajo de Pellegrini et al. (2011, pp. 51-55), aunque hay diferencias importantes. Por ejemplo, en dicha obra los indicadores para la variable enfoque noticioso son distintas. A nuestro juicio, la propuesta que diseñamos es más simple y describe mejor las opciones típicas del discurso periodístico. Asimismo, lo que en nuestro estudio se define como ‘estilo’ o ‘registro’, por dichos autores es entendido como ‘base narrativa’, y se considera parte de la dimensión ‘énfasis’, que define a “la perspectiva seleccionada por el narrador o periodista para dar cuenta del hecho que se informa” (p. 54). Finalmente, lo que nosotros denominamos ‘tratamiento narrativo predominante’, para aquellos autores es entendido como ‘nivel narrativo’, y solo considera dos indicadores, la transcripción y el procesamiento (p. 52). Nosotros agregamos el posicionamiento como opción porque creemos que la interpretación de hechos no necesariamente implica la defensa de un punto de vista, y porque en la muestra

incluimos columnas de opinión y artículos editoriales, que por su naturaleza son ejercicios de este tipo.

Como puede suponerse, este análisis de contenido no se basó solo en las características explícitas del texto, como sugiere la definición tradicional del método (p. ej., Neuendorf, 2002, p. 1), sino que implicó una interpretación. Esto se debe a que, en la práctica, el análisis de contenido puede perfectamente considerar elementos simbólicos, o que requieran de cierto ejercicio inferencial para ser observados (Krippendorff, 1990, p. 43).

En cuanto al análisis del imaginario social de la salud mental, los resultados del análisis de contenido original se interpretaron de manera holística y con foco en la dimensión teórica de la identidad colectiva (cfr. Castoriadis, 1983). Es decir, la representación textual de la salud mental en la prensa fue interpretada no caso a caso, ni pensando en cada medio en particular, sino buscando reconocer elementos descriptivos del imaginario sobre el tema en el discurso de la prensa nacional. Dadas la diversidad y representatividad de la muestra inicial de textos periodísticos, creemos que es posible formular una caracterización de ese nivel.

RESULTADOS

Considerando el propósito de este artículo, no se dará cuenta de todos los resultados del estudio original, que aborda el tratamiento informativo de la salud mental, sino solo de aquellos que permitan caracterizar el imaginario sobre el tema en el discurso de la prensa, al menos durante el periodo observado (2018-2019).

Lo primero es que la salud mental es tratada por la prensa chilena como un tópico de actualidad general, no especializado. Si bien en este ámbito el análisis de contenido previó diecinueve categorías alusivas a secciones habituales de los medios (p. ej., actualidad, belleza/vida sana, cartas al director, ciencia y tecnología, etcétera), y por ello hubo una gran dispersión en los resultados, finalmente solo el 13,4 % de los textos fue publicado en una sección de salud, mientras el 28,35 % lo hizo en una sección genérica de actualidad. La tercera mayor frecuencia correspondió a espectáculos (8,7 %), lo que confirma que el tratamiento del tema tiende a la falta de especialización.

Esto se refuerza al advertir que el género periodístico más recurrente fue la nota informativa (60,63 %), seguido muy de lejos por la crónica y la entrevista (12,6 % cada uno). Como las notas se caracterizan por su pretensión de objetividad y apego a los hechos, los textos clasificados en este género tienden a abordar los temas de salud mental desde datos duros y un discurso oficial experto.

En ese escenario, no extraña que los géneros de tenor informativo (nota, crónica, entrevista y reportaje) sumaran el 87,4 % de los casos, mientras que los de opinión (carta al director, columna de opinión y editorial) solo llegaran al 12,6 %.

El tema de salud mental con mayor cobertura en todos los soportes estudiados fue ‘depresión y otros trastornos del ánimo’, con un 55,12 % de los casos. Es preocupante que en el 10,24 % de los casos no se especifica la enfermedad o trastorno mental al que se alude, pues solo se habla de ‘problema(s) de salud mental’, sin entrar en mayor detalle. Esa ambigüedad es compartida tanto por las fuentes utilizadas como por el autor de los textos. Esto debe ser un factor de atención para periodistas y editores de medios, así como para los encargados de comunicaciones de las instituciones gubernamentales, ya que los textos que no especifican una patología son más que aquellos que aluden al ‘Alzheimer’ y a los ‘trastornos de ansiedad y otros factores asociados al estrés’ (8,7 % cada uno). También es llamativo que prácticamente no hay noticias que aludan a los riesgos psicosociales vinculados a la salud mental como, por ejemplo, los costos familiares que supone el diagnóstico de una demencia.

En las informaciones sobre salud mental participan, en promedio, 2,1 fuentes por texto, lo que es muy representativo de la distribución en la muestra, pues 89 de ellos (70,1 % del total) utilizan apenas una o dos fuentes, y solo el 18,1 % usa cuatro o más. De las fuentes utilizadas, el 74,4 % son personas; el 38,52 % corresponde a una fuente institucional, es decir, que conoce del tema por su cargo (p. ej., jefe de departamento de Salud Mental, coordinador de servicio, director de clínica, etcétera), mientras que el 41 % corresponde a una fuente experta-técnica, o sea, que conoce del tema por su trabajo (p. ej., un psicólogo clínico). Esta preferencia por fuentes expertas se correlaciona con la baja frecuencia de fuentes testimoniales (19,7 %).

Desde el punto de vista de su tematización, en los textos predominan el estilo ‘fáctico’, es decir, basado en hechos (85,9 %), y el enfoque noticioso ‘descriptivo’ (78 %), o sea, que enuncia y caracteriza hechos. En el caso del enfoque, llama la atención la baja frecuencia de lo emotivo (6,2 %), considerando que la salud mental es un tema sensible y en el que existen varias historias que podrían impactar a la audiencia. Esta tendencia hacia lo objetivo y racional se manifiesta también en el tratamiento narrativo, que principalmente es de ‘procesamiento’ (78 %), donde el narrador interpreta lo dicho por otros, y de ‘transcripción’ (21,2 %), donde el narrador repite lo dicho por otros.

En cuanto a la tematización según la diversidad de fuentes incluidas en las informaciones sobre salud mental, se advierte que solo en el 2,36 % de los casos hay un equilibrio entre puntos de vista, mientras que en el 5,51 % hay un punto de vista predominante, pero no único. Al contrario, en el 85,04 % de los textos puede reconocerse un punto de vista único. Esto es coherente con la tendencia al enfoque descriptivo y la poca frecuencia del enfoque noticioso polémico (7,09 %).

Finalmente, y desde la perspectiva de los usos lingüísticos como elemento de tematización, es llamativo que los textos evitan aludir directamente a los afectados por salud mental (70,9 %), a diferencia de lo que sucede con las patologías (71,7 % de los casos menciona alguna). Ahora bien, cuando se alude a los afectados, apenas el 5,9 % usa la expresión “[sujeto] *que vive con* [patología]”, la que es considerada la forma más adecuada por la comunidad médica y la autoridad sanitaria,³ mientras el 29,4 % habla de “[sujeto] *que padece/sufre* [patología]”, lo cual corresponde a un uso estigmatizante, porque asigna un rol pasivo y de discapacidad a la persona.

Como se ha explicado, Castoriadis (1983, p. 201) define al imaginario social como una red simbólica que dota de sentido a la experiencia social-histórica. Una de las dimensiones de esa experiencia que él mismo describe operacionalmente es la identidad colectiva (pp. 256-258), o “el ser del grupo y de la colectividad”. Tres son las características de esta dimensión: se configura, como todos los imaginarios, de manera simbólica, es decir, mediante una suerte de acuerdo social implícito; tiene tanto una significación denotativa como otra connotativa, y por ello no solo implica el uso de ciertas palabras o signos, sino también una suerte de mitología asociada a ellos, y establece, en ese mismo régimen simbólico-mitológico, una definición respecto de las funciones o capacidades que les serían propias o adecuadas a los sujetos que integran dicho colectivo.

A partir de los resultados del estudio sobre el tratamiento informativo de la salud mental en la prensa chilena, es posible reconocer ciertos aspectos que pueden ser constitutivos de la dimensión identitaria del imaginario de la salud mental.

En primer lugar, el hecho de que la salud mental sea un tema tratado principalmente desde las secciones de actualidad sugiere que la prensa chilena la entiende como un problema o tópico propio de agendas emergentes y de contingencia. Es decir, la salud mental es noticia solo en la medida en que un hecho imprevisto o novedoso ocurre. Si bien esto puede ser positivo, ya que entonces cualquier caso o historia podría tener cobertura, hay que considerar el riesgo latente de un discurso periodístico carente de profundidad, y que no haga seguimiento de esas historias. Sobre

³ Por ejemplo, en el Plan Nacional de Demencia, del Ministerio de Salud (2017).

todo, esta conducta puede fortalecer el estigma de que la salud mental es un problema sin solución y propio de sujetos individuales.

En segundo lugar, el escaso uso de fuentes testimoniales —personas que viven con alguna patología, o bien sus familiares o cuidadores— puede deberse a la dificultad para acceder a los casos, ya sea por razones éticas, del médico o del propio periodista, o por la negativa de la persona afectada o de sus cuidadores. Sin embargo, al considerar el ya mencionado tratamiento informativo desde las secciones de actualidad, puede inferirse que el problema es la falta de herramientas para el contacto y el relacionamiento con estas personas. Y eso, nuevamente, supone un riesgo desde el punto de vista de la representación de la salud mental, pues entonces el discurso periodístico habla del tema con distancia.

Esto dialoga, en tercer lugar, con la prevalencia del estilo fáctico y del enfoque descriptivo en el ejercicio de tematización, pues significa que los periodistas prefieren dar cuenta de los tópicos de salud mental a través de una perspectiva más bien técnica y despersonalizada. Si bien eso tiene un aspecto positivo, pues la ausencia de opiniones subjetivas limita la reproducción de estigmas y de prácticas textuales censurables —por ejemplo, la palabra ‘loco’ solo se encontró en un texto dentro de toda la muestra—, también es verdad que incluye la posibilidad de objetivar en extremo la situación de las personas que viven con alguna patología. Ello puede conducir a una representación deshumanizada de la otredad, que obviamente no favorece la causa de la integración y el fomento de la no-discriminación hacia los pacientes y sus familias.

En cuarto lugar, la uniformidad ideológica advertida en las fuentes tiene dos lecturas. Por una parte, la falta de contraste entre puntos de vista es considerada una debilidad, en el entendido de que el periodismo debería fomentar una mirada crítica sobre la sociedad y sus problemas, entre los cuales estaría el sistema de salud. Por otra, para los gestores de prensa institucional esta condición de uniformidad es positiva, pues implica que sería más fácil imponer los argumentos propios y legitimar a sus voceros. En cualquier escenario, esto significa que la representación de la salud mental en la prensa es limitada, y eso solo potencia una clase particular de mitología.

Finalmente, y respecto de los usos lingüísticos, aunque los ejercicios de estereotipación son acotados, es evidente que todavía la prensa no reconoce ni emplea adecuadamente los usos validados por la comunidad médica y las autoridades sanitarias. Aunque esto constituye una oportunidad, lo cierto es que confirma la persistencia de una visión más bien asistencialista y estigmatizante.

Estos elementos nos permiten sugerir que la dimensión identitaria del imaginario de la salud mental en la prensa chilena se configura desde una noción de ‘alteridad padeciente y particular’. Es decir, la persona que vive con alguna patología de salud mental es entendida y representada como un ‘otro’, alguien ajeno a la realidad del hablante, que ‘sufrir’ cierta condición, de la cual es víctima pasiva e inexcusable, y cuya situación es esencialmente ‘ajena’ a la experiencia colectiva.

DISCUSIÓN

El presente artículo ha expuesto una caracterización del imaginario social de la salud mental representado en la prensa chilena, a partir del análisis de contenido de una muestra representativa de textos periodísticos publicados en diarios, radios, televisión y sitios web durante doce meses (segundo semestre de 2018 y primer semestre de 2019).

El principal resultado de este análisis es que dicho imaginario, al menos desde su dimensión identitaria (cfr. Castoriadis, 1983), puede describirse mediante la noción de ‘alteridad padeciente y particular’. Eso significa que, en términos generales, las representaciones discursivas de la salud mental en la prensa se sustentan en la visión de personas ajenas a la realidad del hablante, que son víctimas pasivas de una condición de la cual no pueden escapar, y cuya realidad es ajena a la experiencia colectiva.

Esta descripción responde a los criterios dados por la teoría, en el sentido de dar cuenta de una configuración simbólica, anclada en una determinada mitología, y que define ciertas funciones o capacidades para los sujetos a quienes corresponde —o se aplica— esta identidad. En efecto, la alteridad padeciente y particular puede reconocerse en los datos sobre el tratamiento informativo de la salud mental, en cuestiones tan concretas como las opciones de tematización discursiva de la prensa. Estas son prácticas simbólicas, pues son fruto de un acuerdo disciplinar implícito, y por ello, gracias a sus significaciones denotativas y connotativas, ilustran una mitología, no solo periodística, sino de orden cultural, respecto de las personas que viven con alguna patología de salud mental. Por ejemplo, su ausencia en el relato informativo y la preferencia por voces técnicas y objetivas es indicio del rol padeciente que se les asigna, y del lugar exógeno que ocupan.

Desde el punto de vista de la literatura sobre representación periodística de la salud mental, estos resultados muestran cierta coincidencia. En primer término, respecto de la baja cobertura del tema, que en el caso chileno solo llega al 2,27 % de las noticias sobre salud. En segundo lugar, respecto de la preferencia del discurso periodístico por los conceptos técnicos y las voces expertas,

en desmedro de los testimonios de personas que viven con alguna patología, o bien de sus familias o cuidadores.

Sin embargo, hay una diferencia con las investigaciones anteriores respecto de la reproducción de estigmas asociados a los pacientes y su situación social, particularmente cuando se alude a eventuales conductas violentas y a las condiciones de pobreza o marginalidad de quienes viven con una enfermedad mental. Eso no se advirtió significativamente en el estudio original, y por ello no podemos considerarlo como parte del imaginario representado. Es verdad que se descubrieron ciertos usos verbales estigmatizantes, pero solo desde el punto de vista estilístico, y no se comparan con lo alertado por Mestre (2002).

Si bien existe poca literatura sobre la cobertura periodística de la salud mental, y menos en Chile, es posible relacionar estos resultados con los de un estudio publicado más recientemente (Grandón et al., 2022). Aunque su muestra incluye un periodo más amplio, entre 2000 y 2019, solo consideró noticias publicadas por cuatro sitios web (Emol.com, LaTercera.com, LaCuarta.com y ElMostrador.cl), y obtenidas a través del buscador Google News. Sin embargo, tal como en nuestra investigación, aquellos autores advirtieron que la estigmatización es menor a lo reportado por otros estudios, y que las principales fuentes personales son expertos, en desmedro de los propios pacientes y sus familiares. Entonces, de alguna manera se confirma la presencia de este imaginario de alteridad padeciente y particular.

En cuanto a sus limitaciones, este estudio debe reconocer que la eventual antigüedad de los datos originales (2018-2019) puede ser significativa, sobre todo a la luz de los cambios culturales y sanitarios promovidos por la pandemia del COVID-19. Si bien este hecho se relaciona con otro tópico, lo cierto es que incrementó la cobertura periodística de temas de salud, probablemente obligando a editores y reporteros a profesionalizar su gestión al respecto, y también abriendo espacios para otros asuntos relativos a salud mental, como la depresión y la ansiedad generadas por las largas cuarentenas.

Otro aspecto que podría constituir una limitación es la representatividad de la muestra original del estudio, considerando que estaba formada por contenidos publicados en medios de distinto tipo. Y es que, pese a que nuestro diseño original siguió los parámetros de autores reconocidos en el campo (Riffe et al., 1993; Wimmer y Dominick, 2011), lo cierto es que dichos criterios aplican cabalmente para diarios, y no necesariamente para sitios web, radios ni televisión. De hecho, por ejemplo, otros autores, como Hester y Dougall (2007), recomiendan usar dos

semanas construidas para representar un semestre, cuando se trata de portales web de noticias. Pese a que reconocemos esta eventual falencia, la decisión de usar solo una semana por semestre se justificó por motivos financieros y de viabilidad, y en su momento fue avalada por la contraparte técnica del proyecto, la Dirección de Estudios de la Subsecretaría de Salud Pública del Ministerio de Salud.

Pese a esto, es importante destacar un aporte de tipo metodológico. Normalmente los estudios sobre imaginarios sociales adoptan un enfoque exclusivamente cualitativo e interpretativista, dado el carácter subjetivo del objeto de estudio. Este trabajo, en cambio, se ha basado en los resultados de una investigación cuantitativa y de alcance meramente descriptivo, lo que permite demostrar que la reinterpretación de datos a partir de marcos teóricos diferentes a los previstos por el diseño metodológico original es absolutamente posible.

REFERENCIAS

- Adoni, H. y Mane, S. (1984). Media and the Social Construction of Reality: Toward an Integration of Theory and Research. *Communication Research*, 11(3), 323-340. <https://doi.org/cwkp93>
- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). La industria cultural. Ilustración como engaño de masas. En J. Chamorro (Trad.), *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos* (pp. 133-182). Akal.
- Althusser, L. (2018). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Tomo.
- Baczko, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión.
- Barthes, R. (1971). *Elementos de semiología*. Alberto Corazón.
- Bennet, W. L. (2016). *News. The Politics of Illusion* (10a ed.). University of Chicago.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2015). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Carrasco-García, M. y Cárcamo-Ulloa, L. (2020). Representaciones sociales del envejecimiento en Chile: Cuando las noticias distorsionan, desinforman y enferman. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 25(9), 55-69. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4110856>
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad (Marxismo y teoría revolucionaria 1)*. Tusquets.
- Cegarra, J. (2012). Fundamentos teórico-epistemológicos de los imaginarios sociales. *Cinta de Moebio*, (43), 1-13. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2012000100001>

- Dittus, R., Basualto, O. y Riffo, I. (2017). La investigación en Chile sobre imaginarios y representaciones sociales. *Cinta de Moebio*, (58), 103-115. <https://doi.org/j7xm>
- Erreguerena, M. J. (2001). El concepto de imaginario social. En Universidad Autónoma Metropolitana, *Anuario de Investigación 2000* (Vol. 2, pp. 15-27). Universidad Autónoma Metropolitana, Sede Xochimilco.
- Escobar, J. C. (2000). *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*. Universidad EAFIT.
- Genette, G. (1989). Discurso del relato. En *Figuras III* (pp. 75-336). Lumen.
- Gerbner, G. (1998). Cultivation Analysis: An Overview. *Mass Communication y Society*, 1(3-4), 175-194. <https://doi.org/10.1080/15205436.1998.9677855>
- Gómez, P. A. (2001). Imaginarios sociales y análisis semiótico. Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad. *Cuadernos*, (17), 195-209. <https://cutt.ly/O5IpFR5>
- Grandón, P., Fernández Vega, D., Sánchez Oñate, A. A., Vielma Aguilera, A. V., Villagrán Valenzuela, L., Vidal Gutiérrez, D., Inostroza Rovegno, C y Whitley, R. (2022). Mental Disorders in the Media: A Retrospective Study of Newspaper Coverage in the Chilean Press. *International Journal of Social Psychiatry*, 68(7), 1351-1362. <https://doi.org/j7xn>
- Gutiérrez-Coba, L., Salgado-Cardona, A., García-Perdomo, V. y Guzmán-Rossini, Y. (2017). Cubrimiento de la salud mental en la prensa colombiana, un aporte aún en construcción. *Revista Latina de Comunicación Social*, (72), 114-128. <https://doi.org/10.4185/rlds-2017-1156>
- Hester, J. B. y Dougall, E. (2007). The Efficiency of Constructed Week Sampling for Content Analysis of Online News. *Journalism and Mass Communication Quarterly*, 84(4), 811-824. <https://doi.org/10.1177/107769900708400410>
- Höijer, B. (2011). Social Representations Theory: A New Theory for Media Research. *Nordicom Review*, 32(2), 3-16. <https://doi.org/10.1515/nor-2017-0109>
- Iyengar, S. y Kinder, D. (1987). *News that Matters. Television and American Opinion*. University of Chicago.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1993). *La enunciación: De la subjetividad en el lenguaje*. Edicial.
- Krippendorff, K. (1990). *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*. Paidós.
- Lippmann, W. (2003). *La opinión pública*. Cuadernos de Langre.
- López-Sánchez, G., Utray-Delgado, F. y Ruiz-Mezcua, B. (2021). Representación de la discapacidad en la prensa digital española. *Revista Española de Discapacidad*, 8(2), 33-55. <https://doi.org/j7xp>
- Lotman, Y. (1988). *Estructura del texto artístico*. Istmo.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Anthropos.

- Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*. Anthropos.
- Matus, P. (2018). Discursive Representation: Semiotics, Theory, and Method. *Semiotica*, (225), 103-127. <https://doi.org/10.1515/sem-2017-0019>
- McCombs, M. y Valenzuela, S. (2021). *Setting the Agenda* (3a ed.). Polity.
- Mestre, F. (2002). *Los titulares de la locura. Análisis diferencial de la prensa escrita sobre la representación social de la enfermedad mental* [Tesis doctoral, Universidad de Valencia]. RODERIC. <https://cutt.ly/U5IazHj>
- Ministerio de Salud (2017). *Plan Nacional de Demencia*. <https://cutt.ly/t5Ia775>
- Moscovici, S. (1984). The Phenomenon of Social Representations. En R. M. Farr y S. Moscovici (Eds.), *Social Representations* (pp. 3-69). Cambridge University.
- Neuendorf, K. (2002). *The Content Analysis Guidebook*. Sage.
- Nöth, W. (1990). *Handbook of Semiotics*. Indiana University.
- Otero, E. (1998). *Comunicación social*. Universitaria.
- Peirce, C. S. (2003). *Fundamento, objeto e interpretante* (Trad. Mariluz Restrepo). <https://cutt.ly/45Istcd>
- Pellegrini, S., Puente, S., Porath, W., Mujica, C. y Grassau, D. (2011). *Valor agregado periodístico. La apuesta por la calidad de las noticias*. Universidad Católica.
- Pilco, R. M. A. (2018). Representaciones de personas transexuales y transgéneros en la prensa digital peruana: Entre lo económico, lo cultural y lo representativo. *Comunicación y Género*, 1(2), 227-242. <https://doi.org/10.5209/CGEN.62677>
- Potter, J. y Edwards, D. (1999). Social Representations and Discursive Psychology: From Cognition to Action. *Culture and Psychology*, 5(4), 447-458. <https://doi.org/10.1177/1354067X9954004>
- Riffe, D., Aust, C. y Lacy, S. (1993). The Effectiveness of Random, Consecutive Day and Constructed Week Sampling in Newspaper Content Analysis. *Journalism Quarterly*, 70(1), 133-139. <https://doi.org/10.1177/10776990930700011>
- Stempel, G. (1981). Content Analysis. En G. Stempel y B. Westley (Eds.), *Research Methods in Mass Communication* (pp. 119-131). Prentice-Hall.
- Taylor, C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Paidós.
- Torkington, K. y Ribeiro, F. P. (2019). ‘What are These People: Migrants, Immigrants, Refugees?': Migration-Related Terminology and Representations in Portuguese Digital Press Headlines. *Discourse, Context y Media*, 27, 22-31. <https://doi.org/10.1016/j.dcm.2018.03.002>

► **Artículos:** Representaciones discursivas e imaginario de la salud mental en la prensa chilena (2018-2019)

Torres, E. C. (2013). Representações das demências na imprensa (2001-2010). *Sociologia, Problemas e Práticas*, (73), 9-33. <https://doi.org/10.7458/spp2013732805>

Van Dijk, T. (1991). *Racism and the Press*. Routledge.

Van Dijk, T. (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa.

Whitley, R. y Wang, J. (2017). Television Coverage of Mental Illness in Canada: 2013-2015. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 52(2), 241-244. <https://doi.org/f9sh9t>

Wimmer, R. y Dominick, J. (2011). *Mass Media Research. An Introduction*. Wadsworth.